

RESEÑAS DE LIBROS

Yasser Tabba, *The Transformation of Islamic Art during the Sunni Revival*, Publications on the Near East, Washington University Press, 2001.

El arte no es monopolio de una sociedad, pero basta con que este arte sea patrocinado por una dinastía para que sea una expresión de su identidad. Eso sucede con la evolución de la caligrafía árabe en los textos coránicos que aparecieron a lo largo de la historia de los manuscritos del texto sagrado para trazar una historia de su evolución y su identificación con las ideas defendidas por los abasíes, el gobierno a lo largo de los siglos X y XI del Islam durante los cuales prevalece la corriente suní y el desarrollo de las decoraciones geométricas artesanales en Irán, Irak y Siria fundamentalmente.

La historia de los primeros calígrafos del texto sagrado es diversa, pues provenían de diversos orígenes y clases sociales, lo que refleja la dependencia de los calígrafos del gusto y órdenes de sus benefactores. Los primeros calígrafos afamados fueron Ali el sobrino y yerno del profeta y Uthman, ambos califas del primer periodo del Islam, posteriormente fueron príncipes que se volvieron visires de la corte, tal es el caso de Ibn Muqla, hasta llegar a los que trabajaron como calígrafos que eran empleados del Kitabkhana de la corte de los califas.

Ibn Muqla es un reformador e innovador de la escritura cursiva, él es quien da una forma definitiva al alfabeto mediante los puntos diacríticos, para facilitar y uniformar la grafía árabe.

Con Ibn al Bawab se marca la segunda etapa de reforma de la caligrafía del Corán, quien continúa el método de Ibn al Muqla. El Corán de Ibn al Bawab tiene diseños geométricos más claros y más estilizados, lo que marca el momento en que el texto coránico se vuelve cursivo. Del ejemplar de este famoso calígrafo son trasladados a la arquitectura desde la óptica de la dinastía en el poder. Su ejemplar del Corán, que se conserva en la biblioteca Chester Beatty, es el primer ejemplar cursivo del texto divino en estilo nasij, con título y subtítulos en thuluthi. Este ejemplar es el que va a sentar las bases para la decoración de otros ejemplares del libro, y su estilo thuluthi se aplicó con gran éxito en la decoración arquitectónica.

La evolución y estandarización de la escritura coincide con el surgimiento de una nueva clase en el poder.

En el cambio de los textos de forma espiral a textos de formato estándar lineal se manifiesta la modificación de la relación entre el Estado y la población. El éxito de las innovaciones de Ibn a Muqla se debe en gran parte a su adopción por el estado abasí. Ibn a Muqla fue visir de tres califas abasíes sucesivamente (Al muqtadir, al Qahir y Al Radi. 907-932).

En tiempos de Al Muqtadir el califato ortodoxo estaba siendo amenazado por grupos heterodoxos de origen shí, los qaranita, que habían amenazado Bagdad y que se establecieron en Basra y Kerfa, y los fatimíes establecidos en el Norte de África (Túnez y Egipto) y en Sicilia.

El libro presenta al califa al Qadir (991-1031) quien escribió un edicto en el que se prohibía la *shia* y el *kalam* y otras formas de argumentación teológica, y proclamó la naturaleza divina del Corán en cualquiera de sus formas (*maktub*, escrito; *mahfuz*, memorizado; *matluw*, recitado o *masmu'*, escuchado) con un solo significado, no dos, como sostenían las corrientes cismáticas.

El control que se ejercía en Bagdad fue esencial para la creación de una escritura proporcional aplicada al Corán. Con ella concluyeron tres siglos de escritura cúfica, para lo cual fueron necesarios tres procesos:

La reforma de la escritura informal, la estandarización del texto coránico y la aplicación de una escritura proporcionada al Corán, que aunadas a vínculos con el poder, llevaron a la transformación de la forma visual del texto sagrado. Esto, sin duda, marca un parteaguas en la innovación artística del Estado abasí. Innumerables mezquitas y mausoleos en el territorio del Islam dan testimonio de esta evolución y gusto estético impuesto por los abasíes.

JOSÉ LÓPEZ HABIB
Colegio de México

Nicholas Eberstadt y Richard J Ellings (eds.), *Korea's Future and the Great Powers*, The National Bureau of Asian Research, coeditado con University of Washington Press, 2001.

Pocas zonas en el mundo tienen una ubicación geográfica tan delicada como la península coreana, por lo que se dice de ella que su historia es como "un camarón entre ballenas". En este sentido, el desarro-

llo de la relación intercoreana está íntimamente ligado a los intereses y políticas de las mayores potencias del Pacífico. Durante casi medio siglo tales relaciones estaban condicionadas a un esquema de equilibrio bipolar. Las alianzas y contraalianzas estaban claramente definidas entre el bloque soviético con Corea del Norte y el occidente con Corea del Sur.

Aunque la península coreana no cuenta con importantes recursos naturales y más bien se ha caracterizado por ser un espacio geográfico donde predominaba el aislamiento y la pobreza, su posición estratégica la condena a la atención del interés nacional de las grandes potencias del Pacífico. La península comparte frontera con la República Popular China (RPCh) y Rusia, la separan 21 millas de la isla más cercana de Japón y, a pesar de la distancia, este territorio está dentro de la esfera de influencia y al alcance del poder estadounidense. Por ello, Corea ha sido campo de batalla y convertida en la mayoría de los casos, en víctima fatal de intereses ajenos.

La intervención extranjera y sus estragos, sin embargo, contribuyeron a la transformación y modernidad de Corea. La división de la península, ocurrida por la suma de conflictos internos y por el traslape de intereses entre las grandes potencias, provocó el desarrollo de dos concepciones opuestas de regímenes políticos y económicos, convirtiéndose también en rivales militares irreconciliables. Irónicamente, el permanente enfrentamiento entre las dos Coreas ha durado más que el mismo conflicto que le dio origen.

Las ramificaciones geopolíticas derivadas del término de la Guerra Fría modificaron el modo de interacción entre las potencias y la península coreana. Por un lado, se convierte en una especie de laboratorio que pone a prueba cualquier teoría de negociación y desarrollo económico. Por otro, en este nuevo contexto y la creciente importancia en la participación económica y política de esta región en la zona y en el mundo, la expectativa y capacidad de acción se modifican, sea de manera deliberada o no. Esto quiere decir que el desarrollo de los acontecimientos en la península coreana impacta decisivamente la estrategia e intereses de las potencias y ya no sólo es receptáculo de enfrentamientos. La cooperación se vuelve entonces imprescindible para mantener la estabilidad y seguridad en el Pacífico y salvaguardar los intereses de las potencias.

En la historia de la Guerra Fría, y después de ésta, se reconocen diversos intentos por parte de las potencias del Pacífico para restablecer la estabilidad y relajar las tensiones, particularmente desde principios de los setenta. Las acciones de Estados Unidos, y la respuesta de sus contrapartes antagónicas tuvieron también repercusiones en la península. Por ejemplo, en 1971, Estados Unidos normalizó las

relaciones diplomáticas con China, a fin de cambiar los contrapesos políticos en la región. Tal acción estimuló a Japón para hacer lo propio. En un ambiente más relajado, en 1972, las dos Coreas redactaron un comunicado común acordando la búsqueda de la reunificación pacífica e independiente, es decir, sin interferencia extranjera, así como la consecución de la unidad nacional más allá de diferencias ideológicas y de sistemas; se consintió en desistir de las provocaciones armadas y establecer vías de comunicación y programas de intercambio. Ese acercamiento sin precedentes no prosperó en un acuerdo formal ni estableció mecanismos para poner en práctica los ambiciosos propósitos. A finales de los ochenta y durante los noventa se registraron otros momentos de distensión entre las potencias que concluyeron en el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Corea del Sur y un acuerdo de desnuclearización de la península en 1994, reconfigurándose así el equilibrio de fuerzas.

La península coreana es un caso complejo y multidimensional, el cual debe ser analizado desde diversos ángulos y aún así siempre quedarán temas irremediamente destinados a la “especulación rigurosa” debido a la falta de información. Pero dentro de lo posible, el análisis tiene que acompañarse de la identificación de expectativas e intenciones de los principales actores y, asimismo, plantear los escenarios más diversos. Ése es justamente el propósito del libro *Korea's future and the Great Powers*, compilado por Nicholas Eberstadt y Richard J. Ellings. Esta publicación es producto de una serie de trabajos de investigación y análisis multidisciplinario tanto de académicos y consultores como funcionarios de gobierno y ex militares, por lo que su contenido actualizado es una herramienta de uso obligado para el diseño de la política exterior hacia la península coreana.

Para ello, desde la perspectiva de los editores y colaboradores se considera que las potencias del Pacífico requieren (1) un cuidadoso análisis de las políticas de los principales actores vinculados a la problemática coreana (incluyendo el modo de pensar y los obstáculos domésticos o internacionales que configuran los distintos enfoques); (2) la identificación de la realidad económica y las fuerzas económicas internacionales que definirán el papel de Corea en el mercado global y la estructura financiera y (3) la reflexión cuidadosa de las implicaciones estratégicas de la radicalmente diferente arquitectura concebida por las potencias del Pacífico en general y por Estados Unidos en particular.

A partir de la identificación de estos aspectos, la estructura del libro consiste en tres grandes apartados. El primero corresponde al contexto histórico y político de la península y consta de cinco capítulos que identifican y analizan la interacción de las potencias regio-

nales (China, Japón y Rusia), así como el marco teórico del conflicto y la cooperación en Corea; se dedica un capítulo al análisis del enigmático gobierno de Pyongyang. De esta sección es interesante descubrir cómo las potencias reinterpretan la importancia geoestratégica de la península y a su vez reformulan los enfoques y adecuan las políticas a las cambiantes circunstancias.

Por un largo periodo los dos gobiernos coreanos estuvieron completamente integrados al marco de la Guerra Fría, por lo que ninguno de ellos ejercía un grado significativo de autonomía de sus respectivos protectores. Sin embargo, actualmente la selección de políticas se hace bajo la sombra del misterio y la desinformación. Si Estados Unidos, Japón y los otros países involucrados fueran confrontados con la posibilidad de un imprevisto ataque de destrucción masiva por parte de Corea del Norte, su credibilidad como pilares de equilibrio quedaría degradada. Esta posibilidad es real en tanto que Pyongyang ha mantenido una larga campaña para “elevar el problema” de una preocupación local a una global. De ahí el riesgo de que la respuesta de las potencias por salvaguardar sus intereses termine por incrementar las tensiones entre ellas y el enfrentamiento directo sería inevitable.

El segundo apartado se divide en dos capítulos y elabora un exhaustivo análisis del aspecto económico e institucional del proceso de reunificación en función de varios escenarios. Los autores enfatizan que el cambio del marco institucional en ambos lados es indispensable para acoplar los sistemas económicos, incorporar en el Norte nociones y derechos de propiedad, reglamentar y dirigir la privatización para atraer capital y desarrollar la capacidad de reproducirlo. Se destaca también la experiencia de reunificación alemana y las lecciones que de ella emanan para el caso de Corea.

Los costos económico y político de la reunificación no son fácilmente calculables, principalmente por la falta de información fidedigna del Norte: sin embargo, es claro que los montos son altos y que se requiere de la contribución conjunta de las instituciones financieras internacionales, de las potencias y, en especial, de Corea del Sur. Pero esta posibilidad de encabezar el financiamiento al proceso de reconstrucción y rehabilitación de la economía norcoreana no es viable en las condiciones imperantes en el Sur, donde debe fortalecerse el propio modelo económico y deben llevarse a cabo reformas estructurales que siguen pendientes.

El tercero y último apartado se concentra en las implicaciones estratégicas y de seguridad de la región. Los cuatro capítulos que conforman esta parte discurren sobre diversos temas, desde el análisis de la política de seguridad de Estados Unidos en el noreste de Asia hasta

la formulación de agendas para alcanzar la reunificación coreana y la identificación de los intereses y objetivos de los principales actores. Esta sección obliga a pensar en las repercusiones internacionales sea cual fuere el estado de las relaciones entre las dos Coreas; se concluye tras la lectura que el conflicto reviste varios niveles, es decir, no es únicamente un asunto doméstico de la península y por lo tanto es necesario un marco que permita la interacción constructiva y pacífica entre actores externos.

Empero, el dilema de alinearse o no política y militarmente con Estados Unidos es un problema con varios rostros y de consecuencias tanto internas como externas: por ejemplo, Corea puede ser escenario de las disputas entre Estados Unidos y las otras potencias regionales, o bien puede acabar siendo fuente de sentimientos antiestadounidenses, lo cual podría conformar ambientes de inestabilidad. Por otra parte, la neutralidad puede tener sus ventajas y desventajas; por un lado, limitaría la presencia de Estados Unidos y por otro crearía un espacio aislado que privaría a Corea de una participación activa en las relaciones internacionales, crearía un vacío de poder y sería, una vez más, foco de interferencias externas.

No obstante lo anterior, es claro que Corea tiene actualmente un gran peso específico en términos económicos, mientras algunas de las potencias disminuyeron su fuerza —como la rusa— o han redefinido su estrategia de desarrollo —como la RPCh—. Esto plantea una nueva condición en las relaciones del noreste asiático y significa que lo que pasa en Corea tiene un impacto mucho más importante ahora que en el pasado. En el caso particular de Corea del Norte, si bien la situación económica está lejos de ser representativa, su capacidad bélica, particularmente nuclear, la hace un actor fundamental para la estabilidad regional.

Para algunos —como Estados Unidos y Japón— Corea del Norte representa todavía una amenaza. Anteriormente, la presencia de tropas estadounidenses cumplía una misión de contención, pero tras la caída del bloque soviético la estrategia se modificó para justificar la permanencia de un destacamento militar con funciones tanto de disuasión como de estabilidad. El fin de la Guerra Fría no significó el paso a una era de armonía, sino al contrario. Corea del Norte quedó en el abandono y su aislamiento presentó un nuevo problema: un país con capacidad nuclear sin monitoreo. Esto aumenta el riesgo de que existan acciones unilaterales, y las reacciones podrían llegar a convertirse en enfrentamientos directos ante la ausencia de mecanismos efectivos de diálogo.

A lo largo del libro se desarrollan desde diferentes perspectivas los escenarios de reunificación, entre los que destacan el manteni-

miento del *statu quo*, la unión constructiva, la posibilidad de guerra y la absorción de Corea del Norte por Corea del Sur. Las dos primeras implican procesos de largo plazo, y las dos últimas son desenlaces abruptos de una prolongada problemática. Cualquiera de ellos resultaría en costos económicos muy altos y la diferencia está en el impacto político. Cabe señalar que puede haber algunas combinaciones de escenarios o que alguno derive en otro.

El primer escenario (*statu quo*) implica el fracaso en la instrumentación del “Acuerdo Básico” y la continuidad de una paz fuertemente armada. Se mantendría la tensión al considerar las acciones y actitudes como un juego de suma cero que incrementa el riesgo y la incertidumbre. La cooperación ocurriría sólo en algunos casos como contactos entre funcionarios, ayuda económica y alimenticia, transacciones comerciales, turismo, y contactos culturales. Las prácticas entre cuatro seguirían siendo el mecanismo de estabilidad al evitar un enfrentamiento directo donde los esfuerzos de Estados Unidos, China y las Coreas se dirigirían a modificar el acuerdo de armisticio como un mecanismo permanente para mantener la paz.

Un segundo escenario consistiría en una unión constructiva. Esta posibilidad comprende la cooperación permanente con ayuda (asistencia) de instituciones regionales o internacionales y la mediación de Estados Unidos y China. El proceso tendería a desarrollar o privilegiar el apoyo a las fuerzas “moderadas” o “pragmáticas”. En el plano social, la lectura sugiere que habrían de establecerse mayores y frecuentes transacciones funcionales, así como abrirse más las vías de comunicación en campos no políticos para dibujar las creencias populares, motivaciones y percepciones entre las dos sociedades para facilitar el acercamiento y la formación de una comunidad unitaria. La conjunción de fuerzas moderadas puede tener efectos de desborde positivos en un proceso gradual, acumulativo y funcional de integración nacional. El actual presidente de Corea del Sur, Kim Dae-jung, es quien más se ha acercado a este escenario.

El dominio de la línea dura en Corea del Norte, con posturas radicales y beligerantes, derivaría en el escenario menos deseable, pero todavía posible: la guerra. Las acciones se interpretan como provocaciones, por ejemplo, la amenaza al desplazar tropas fuertemente armadas a la zona desmilitarizada, el desarrollo de armas y misiles de destrucción masiva. Aunque es improbable el éxito de un ataque masivo y total del Norte hacia el Sur, principalmente por la desigual capacidad, incluyendo la presencia de Estados Unidos, más la escasez de recursos y capacidad tecnológica en el Norte, la única forma de obtener el triunfo es mediante el apoyo de China y Rusia. Sin embargo, este apoyo es también improbable, ya que debido a su situación

interna y el cambio de estrategias de política exterior, así como sus nuevas alianzas económico-políticas, dichos países no estarían en condiciones ni sería de su interés involucrarse en una guerra que los enfrentaría directamente con Estados Unidos. Además, el objetivo principal de los líderes norcoreanos no parece ser el suicidio, sino la supervivencia (aunque en un acto de desesperación la guerra sea el remedio para una salida "digna" ante un eventual crisis política en el Norte).

El último gran escenario es la absorción, pero éste se ha descartado como estrategia oficial por su inviabilidad y los peligros para mantener la estabilidad en la región. El gradualismo llevaría al colapso en Corea del Norte y la absorción estaría inevitablemente acompañada de acciones agresivas y desesperadas del Norte. Además, Corea del Norte no puede contar con la ayuda permanente e incondicional de China, pero sí puede ser el modelo de economía socialista de mercado una guía para los coreanos en aras de buscar mayor apoyo y sobrevivir. Sin embargo, existe el temor de comprometer la política *juche* e iniciar problemas políticos de disidencia. China no estaría dispuesta a permitir el colapso del Norte por cuestiones de seguridad. En caso de un colapso político, China podría mandar tropas para el resguardo de la frontera. La absorción sería muy cara; implicaría una enorme cantidad de recursos y capital que no está disponible de manera inmediata ni en la abundancia requerida. La paz y la seguridad tampoco quedarían garantizadas ante la ausencia de un marco institucional que prevea cubrir los costos y establecer mecanismos políticos de solución de controversias, por lo que la presencia militar estadounidense seguiría siendo un factor de estabilidad. Una península reunificada por absorción puede no ser tan atractiva para las potencias dado la incertidumbre del posible régimen que emanaría y su capacidad de gobierno. Este escenario abriga el riesgo de un aislamiento, autoritarismo, nacionalismo, etc., o, en todo caso, las instituciones y prácticas democráticas serían frágiles y vulnerables.

Finalmente, el libro en cuestión logra plantear al menos una visión completa de las percepciones estadounidenses hacia la península y la interpretación de los demás actores y potencias. Vale la pena revisar completa esta obra para formarse una idea inicial del problema, aunque también pueden consultarse los capítulos por separado y de manera más cuidadosa dependiendo del interés particular del lector. Se recomienda revisar detenidamente la introducción.

JUAN FELIPE LÓPEZ AYMES
El Colegio de México

Amelia Saíz López, *Utopía y género. Las mujeres chinas en el siglo XX*, Barcelona, Edicions Bellaterra, Biblioteca de China Contemporánea, 2001.

El libro *Utopía y género* ofrece, de entrada, la posibilidad de acercarnos a una sociedad que suele resultarnos lejana y distante en más de un sentido: a los miles de kilómetros hay que agregar las diferencias culturales, la historia, las tradiciones más o menos arraigadas en las distintas regiones, el idioma, etc. Preguntarse entonces por la situación familiar, social, política y económica de las mujeres chinas es de suyo interesante. ¿Cómo viven las mujeres chinas contemporáneas? ¿Cuál es el lugar que ocupan en la familia y en la sociedad? ¿Cuál ha sido la trayectoria del movimiento liberacionista de las mujeres? ¿Es posible hablar de equidad entre los géneros? ¿Cómo se construye ésta en un país tan vasto y tan lleno de contrastes? Éstas y otras interrogantes encuentran cauce en las páginas de una obra que busca dar cuenta de lo que ha sido la situación de las mujeres chinas a lo largo del siglo XX. Para cubrir un objetivo tan ambicioso, la autora apunta la insuficiencia de la categoría género como única para el análisis y la articula con la clase social y los procesos de incorporación de las mujeres a las actividades productivas y de militancia política.

Utopía es una noción de viejo cuño en la cultura china. Las visiones tradicionales de la historia de ese país aluden a una concepción retrospectiva, común a las dinastías que prometían regresar a un estado de cosas natural, conocido y armónico. En el siglo XX, por primera vez empieza a hablarse de una utopía sin calificativos, pero que pusiera la mirada en el futuro. Al asociar el término con el género, el resultado inevitable es invocar la igualdad en todos los órdenes de la vida.

La primera parte del libro contiene un análisis histórico que, a partir de la ideología confuciana presente en la China imperial, se centra principalmente en las estructuras familiares, que se consideran básicas para el funcionamiento de la sociedad. Las jerarquías, de manera no sorprendente, se establecen en función de la edad y el género; la obediencia es la actitud fundamental del código ético. Las mujeres tenían la obligación de obedecer a todos los hombres de la familia (hija piadosa, esposa leal, madre virtuosa). Debían además tener hijos, de preferencia varones. Varias generaciones vivían bajo el mismo techo, incluidas las concubinas de los hombres de más edad. Los matrimonios eran arreglados y existía el pago de la novia y la dote.

Sin duda, el matrimonio era algo fundamental para las mujeres, el único destino posible. Para lograr una buena unión era imprescindible el vendaje de los pies; entre más pronto se hiciera éste, más probabilidades había de conseguir un buen esposo, porque era indicativo de la buena posición social y económica de la familia. En algunas zonas rurales las niñas tenían que colaborar en las faenas del campo y el vendaje se hacía tardíamente, lo que disminuía las opciones matrimoniales.

En relación con los roles familiares de las mujeres, madre y suegra son dos figuras centrales en la organización patriarcal; la madre educa a la hija para integrarse en la otra familia y sobre todo para servir a la suegra. La nuera sólo es considerada parte de la familia al tener un hijo varón, que en una cultura patriarcal es algo altamente valorado en sí mismo, pero que además, al cabo de los años le permitirá ser suegra.

La nuera es la que tiene menos prestigio y mayor sufrimiento. La relación más difícil sin duda alguna es con la suegra, quien supervisa todas sus actividades: vestirse, cocinar, el cuidado de los animales, etc., y además la acusa de ineficiente. El suicidio de la nuera aparece de manera recurrente en la literatura clásica, que lo interpreta como prueba del maltrato recibido.¹

Algo que llama mucho la atención a las miradas occidentales es la práctica de la poligamia. En la China imperial era común que las concubinas vivieran en la misma casa y que incluso la esposa —quien siempre sería la primera dama— eligiera a su “hermana pequeña”, buscando que no le hiciera sombra. La relación que se establece entre varias mujeres que comparten un hombre no ha sido analizada en profundidad y es difícil saber si hay animadversión, rivalidad, indiferencia, solidaridad, resignación. Sólo se menciona que los hijos de las concubinas tenían el mismo trato que los de la esposa.

Además de los matrimonios arreglados y el maltrato de la suegra, las hijas eran vendidas —a veces también la esposa— en situaciones de penuria y hambre. La venta de niñas es más frecuente en el sur, mientras que en el norte hay más casos de infanticidio femenino.

Fuera de las relaciones familiares, las mujeres de la China imperial realizaron diversos trabajos, principalmente en la industria sericultora.

¹ Al término de la Revolución mexicana, Carranza promovió, entre otras medidas legislativas, la adopción de la nacionalidad del marido por parte de las mujeres casadas con extranjeros. Así, muchas mexicanas emigraron a China y enviaron sentidas cartas de desilusión y enojo por el trato que recibían de la familia política, especialmente de la suegra.

En 1850 y 1870 se agudiza la crisis social y económica en China y hay levantamientos en distintas partes del país. En la famosa rebelión Taiping, iniciada por artesanos y agricultores en el sur, se propone el “Reino celestial de la gran paz”, que significaba distribuir la propiedad de la tierra entre la comunidad sin distinción de clase o género. Algunas historiadoras ven este hecho como el primer vestigio de un movimiento por los derechos de la mujer. Los Taiping prohibieron el vendaje de los pies y la prostitución. La monogamia era la única forma posible de convivencia y el matrimonio debía realizarse por amor. Sin embargo, entre el discurso y la práctica suele haber alguna distancia, y el harém de los dirigentes no era muy distinto al de sus enemigos.

En realidad, pasaron varios años antes de que los derechos de la mujer se convirtieran en un estandarte de lucha. En 1898 por primera vez se habla de la liberación y se subraya la importancia de la educación, que se convierte en un asunto de Estado. Para entonces ya la llamada Guerra del Opio había traído consigo la presencia extranjera, que permitió conocer otros estilos de vida, para empezar la movilidad de las mujeres con sus pies grandes. Los reformistas y las mujeres misioneras formaron sociedades contra el vendaje de los pies; en 1902 —ya en el siglo xx, cuando la lucha sufragista en Occidente iba en pleno ascenso— un edicto imperial prohibió esa práctica, a la vez que abrió nuevamente escuelas para niñas. En ese año apareció también la primera revista de mujeres.

Los movimientos feministas en todas partes del mundo han enfatizado la importancia de la educación. Desde Cristina de Pisán, que fue la primera mujer que tomó la pluma en defensa del derecho a la educación,² han pasado varios siglos y la igualdad de oportunidades en ese terreno sigue siendo una meta por alcanzar. Para las mujeres chinas, la educación significaba, de entrada, la posibilidad de posponer el matrimonio.

Los inicios del siglo xx son una época de grandes cambios sociales y políticos en diversas latitudes del planeta. Las mujeres chinas vivieron un intenso activismo político y participaron en la Revolución de 1911, en la que vieron la entrada a la ciudadanía; la primera alianza sufragista se fundó en Shanghai en ese mismo año, pero no fue exitosa. Lejos de ello, el voto se les negó expresamente en 1912; un año más tarde el Partido Nacionalista ordenó la disolución de la alianza y en 1914 se les prohibió también participar en otras asociaciones políticas. Las mujeres revolucionarias no sólo vieron resque-

² Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, t.I: Los hechos, México, Alianza Editorial Siglo XX, 1993.

brajarse sus expectativas políticas y sociales, sino que además eran atacadas por ser “mujeres inmorales”.

El movimiento intelectual que surgió después de la revolución intentaba cambiar las mentalidades a partir de la educación. El enemigo a combatir era el esquema familiar tradicional y sus jerarquías inamovibles de edad y género. La categoría de “mujer” surgió como elemento central en los debates sobre la renovación cultural. Proponían una versión adaptada del individualismo occidental. Las mujeres simbolizaban la dependencia económica china ante las potencias occidentales y además constituían una metáfora de la debilidad política del Estado. La crítica a la familia tradicional incluía la petición del matrimonio libre y la posibilidad del divorcio, así como la eliminación del concubinato.

Los anarquistas proponían abolir la institución familiar. Los marxistas, en el mejor estilo ortodoxo, sostenían que la liberación de la mujer sería automática en cuanto se diera el cambio de estructuras.

Además de la participación política, en donde las mujeres chinas pudieron comprobar —al igual que muchas occidentales— que los hombres eran revolucionarios en su enfrentamiento con el Estado pero sólo atinaban a proponer pálidas reformas al sistema patriarcal, hubo otros esfuerzos más claramente acotados a la cuestión de género. En la década de 1920 aparecieron varias revistas: *La campana de las mujeres*, *La nueva mujer*, *La voz de las mujeres*, *La mujer moderna*, *La revista de la liberación*. En esa misma época fueron admitidas las primeras universitarias, después de que varias asociaciones de mujeres estudiantes habían peleado el derecho a la coeducación.

Las mujeres obreras (principalmente en fábricas de seda y algodón) se organizaron en sindicatos para exigir mejores salarios.

Desde lo que en términos contemporáneos llamaríamos la sociedad civil, se formularon demandas en varios órdenes. En el ámbito familiar se insistía en la libre elección del cónyuge y el derecho a recibir herencia; en el campo educativo se peleaba la igualdad de oportunidades y la coeducación; en lo laboral, la lucha se centraba en salario igual a trabajo igual; en lo político, la participación equitativa. Huelga decir que ninguna de estas prerrogativas se ha logrado cabalmente.

Con respecto a la participación política, entre 1927 (fecha en que tuvo lugar la fuerte represión contra los comunistas en Shanghai) y en 1949 (en que se funda la República Popular China), el territorio estuvo dividido en dos zonas geográficas dominadas por los partidos Comunista y Nacionalista. El primero tenía su sede en el Soviet de Jiangxi y el segundo en Nanking. Los comunistas nunca defendieron las causas de las mujeres como tales, sino que las clasificaron de acuerdo con la clase social y por lo tanto concentraban sus esfuerzos en la

organización de mujeres obreras. El partido Nacionalista contaba con un Departamento de mujeres, cuyas ideas enfrentaron mucho rechazo, ya que amenazaban el mundo tradicional familiar y, en el medio rural, más que rechazo había una gran incompreensión.

Por otra parte, las nacionalistas estaban más comprometidas con tareas asistenciales, en tanto que las comunistas subrayaban la lucha por los derechos.

La década de los treinta fue de tensiones y conflictos entre los dos partidos y de oscilaciones entre la tradición y la modernidad. El código civil de 1930 anuló el concubinato y abrió la posibilidad al divorcio, pero estableció que los hijos debían siempre quedarse con el padre.

En 1934 el ejército nacionalista acabó con el Soviet y lanzó una campaña para ensalzar cuatro virtudes tradicionales: corrección, lealtad, integridad y honor. Paralelamente se dio un culto a lo doméstico y en particular a la mujer casta, esposa virtuosa y madre abnegada.

A fines de la década de los 30 la presencia social de la mujer tomó un nuevo impulso después de la invasión japonesa. En 1937 los partidos nacionalista y comunista formaron un segundo frente unido contra los nipones y el Departamento de mujeres reunió a las organizaciones de ambos partidos para hacer propuestas sobre derechos femeninos para la nueva constitución. Se reclamó también la igualdad salarial y laboral entre los sexos. Al derrotar a los japoneses en 1945, los partidos chinos volvieron a pelearse.

Para el partido comunista las mujeres eran fuerza de trabajo agrícola, fabricantes de ropa para el ejército, integrantes de la guardia roja y organizadoras voluntarias, pero sobre todo eran el vínculo entre el partido y la familia.

En octubre de 1934 comenzó la Larga Marcha: 9 000 kilómetros recorridos a pie durante un año, huyendo del ejército nacionalista. Durante esta etapa continuó la participación de las mujeres en actividades políticas, entre ellas la de convencer a otras mujeres de no vendar los pies de sus hijas y hacer campañas por el matrimonio libre.

Según los comunistas, la condición de las mujeres mejoraría automáticamente al establecer una nueva situación económica, pero la incorporación de éstas al trabajo remunerado no fue acompañada de una mejor posición en la familia. Al igual que las occidentales, la consecuencia inmediata fue la doble jornada. El partido les exigía movilizarse vía la producción, en tanto que las familias pretendían que siguieran cuidando a los hijos y al hogar. Las asociaciones de mujeres insistieron en la causa del divorcio, en particular por maltrato y abuso de poder.

En octubre de 1949 se funda la República Popular China, cuando el ejército comunista derrota al nacionalista y propone una transformación radical en la estructura política, social y económica. La actividad política de las mujeres estuvo a cargo de la Federación Democrática de Mujeres, órgano del Partido Comunista. La Federación tuvo la tarea de implementar la ley del matrimonio, para lo cual inició una campaña contra las viejas ideas feudales. Esa ley pretende dar igualdad al marido y a la mujer prohibiendo los malos tratos y subrayando la necesidad de luchar por la felicidad en la familia y por una nueva sociedad. Reconoce a las madres la custodia de los hijos en caso de divorcio por común acuerdo; si no existía tal acuerdo, el divorcio se decidía por los cuadros del partido. Al igual que en otros países, la mayoría de las demandas fueron presentadas y la mayoría fueron infructuosas.

En 1952 todavía no se asimilaba la ley y persistían las viejas costumbres. Aumentó el número de suicidios y asesinatos de mujeres. Se hizo otra campaña, pero también fracasó en su objetivo principal: la elección libre de pareja.

En muchas partes del país se formaron equipos de ayuda mutua (EAM) con la participación de mujeres. Fueron el primer paso hacia la colectivización. En 1958 se establecen las primeras comunas y se inicia la campaña del Gran Salto Adelante. Se suponía que con esto las mujeres se liberarían del trabajo doméstico y que, junto con la abolición de la propiedad privada, estarían en igualdad con los hombres. Nada de esto sucedió. En el campo las mujeres seguían siendo consideradas contaminantes o impuras, su trabajo no era valorado y cuando mucho eran fuerza de trabajo adicional.

El movimiento de mujeres urbanas peleaba derechos políticos y sociales, en tanto que las obreras y analfabetas buscaban derechos laborales.

En los años sesenta el matrimonio seguía siendo el aspecto fundamental en la vida de las mujeres. Incluso las activistas abandonaban las tareas políticas al casarse. La figura de la esposa seguía siendo enaltecida, a pesar de que en el imaginario social había muchos ejemplos de mujeres revolucionarias. Como hecho, el acceso de las mujeres al mercado de trabajo, a puestos de responsabilidad y a la educación no trajo consigo mayor poder para ellas.

En los años setenta se produce un nuevo ataque a la tradición. La Federación de Mujeres busca la creación de nuevas identidades de género y el machismo es visto como resabio feudal.

A partir de 1978 se inicia la etapa más larga de estabilidad política y económica de China. En 1980 se promulga una nueva ley del matrimonio que reafirma la libre elección del cónyuge y se incluye

como causal de divorcio la falta de amor. El primer caso de una mujer que alegaba no amar a su marido dio pie a un gran debate nacional sobre la veracidad de sus argumentos. Finalmente, la mujer perdió el caso, lo que confirma qué la realidad no se cambia por decreto y que los mayores obstáculos no suelen encontrarse en las leyes sino en las mentalidades.

Un aspecto central en la China del siglo xx es el control de la natalidad. Se ha hablado mucho de la política del hijo único. El partido comunista había mantenido un criterio diferenciado que promovía la planificación en las ciudades y el nacimiento de más hijos en las zonas rurales. En 1952 el derecho al aborto se hizo extensivo a toda la población y se esterilizó a las mujeres mayores de 35 años.

En 1980 el gobierno impuso restricciones a las familias que tuvieran hijos fuera del plan de nacimiento, pero una forma de resistencia fue precisamente no pagar las multas. Como persistía el deseo de tener hijos varones, las familias con dos y tres hijas las daban en adopción para disponer de otro intento para lograr un hijo varón. También fue común el aborto selectivo. En 1983 hubo una campaña de esterilización a nivel nacional que afectó a 120 millones de personas.

A partir de 1990, si bien se mantuvieron los objetivos de crecimiento de la población promovidos por el gobierno, las mujeres chinas no se sentían controladas por el Estado sino emancipadas de la vida privada. Su número ideal de hijos es de dos y en muchos casos buscan la pareja. El hijo único corresponde al ideal del gobierno del ciudadano perfecto y prototipo del hombre nuevo.

El análisis que hace Amelia Saíz sobre la evolución de las condiciones de vida de las mujeres chinas a lo largo del siglo xx, le permite constatar que aun en la actualidad no se ha logrado despojar a la sociedad de su carácter acentuadamente patriarcal. El Partido Comunista lanzó una campaña con la consigna “lo que el hombre puede hacer, la mujer también”, que pretendía valorar el rendimiento laboral y la capacidad de cada persona independientemente del sexo. Sin embargo, el trabajo doméstico seguía siendo opresivo para las mujeres y en el terreno político estaban subrepresentadas en los órganos de decisión y poder.

La reforma económica aparentemente permitió a las mujeres el acceso a la tierra, pero los contratos de responsabilidad eran firmados por el jefe de familia (marido o padre) y era éste quien controlaba los beneficios de la cosecha.

La Constitución china reconoce igualdad de derechos laborales y la ley de protección de los derechos de la mujer (1992) habla de sus “intereses especiales”, que en la práctica se interpretan como desventajas naturales y se utilizan para subrayar el desequilibrio. Las muje-

res siguen siendo el ejército de reserva laboral, junto con los jóvenes poco calificados. La contratación de mujeres se sigue haciendo por la vía tradicional en las áreas rurales y el salario casi siempre se destina a incrementar la dote.

El largo recorrido que realiza la autora para abordar los diferentes aspectos de la vida social y familiar de las chinas concluye con la situación de las mujeres universitarias. Los condicionamientos y estereotipos de género también están presentes en este rubro. Así, en la educación primaria se enseñan básicamente lengua y matemáticas y el método básico es la repetición. La gran mayoría de profesores son mujeres con bachillerato. El prototipo del buen estudiante es el que tiene buenas calificaciones, pero además es obediente con los profesores y con los padres, no habla en clase y hace las tareas. En las primarias las niñas son más destacadas.

En la secundaria se continúa estudiando lengua y matemáticas y se agrega una lengua extranjera. Las mujeres siguen siendo mejores estudiantes, pero los hombres empiezan a “despertar la mente”. A partir de esta etapa se definen los campos de estudio por género: ciencias para los hombres y letras para las mujeres. En el bachillerato el profesorado es eminentemente masculino y el número de alumnas disminuye sensiblemente.

Para comprender con mayor profundidad la situación de las mujeres universitarias, la autora realizó una serie de entrevistas en la Universidad de Pekín y encontró que los estereotipos de género aparecen más marcados. Las mismas estudiantes entrevistadas señalan que en China se piensa (y ellas están de acuerdo) que los hombres son más inteligentes aunque las mujeres son más estudiosas.

Las mujeres universitarias conforman un grupo de élite en la sociedad china y el trabajo posterior les permite negociar nuevas posiciones con la familia del marido. Sin embargo, a la hora de buscar un buen trabajo (vinculado con la especialidad estudiada, que brinde la oportunidad de aplicar los conocimientos adquiridos, que tenga un buen ambiente y permita buenas relaciones con los compañeros) vuelven a operar los mecanismos de discriminación por género. Así, siguen siendo muy pocas las mujeres que ocupan cargos de dirección. El buen trabajo para ellas es sin duda el de profesoras universitarias.

La identidad femenina construida a partir de la noción de la mujer como sujeto y en un intento de alejarse del género masculino como referente provoca dos fenómenos interesantes. Por un lado, fomenta la esencialización de la mujer al recurrir a cualidades tradicionales que la alejan del estereotipo masculino, tales como la delicadeza, la belleza, la ternura, etc. Por otra parte, la esencia femenina puede ser reconocida como entidad social y constituir un estilo legí-

timo de pensamiento y acción de género. A esta segunda idea subyace la noción de complementariedad típica de las relaciones armónicas en China: la presencia de Yin y Yang como principios activos de toda existencia.

Utopía y género es un libro que contiene una gran cantidad de información, resultado de una investigación minuciosa y delicada, y cumple cabalmente el objetivo de ofrecer algo más que un panorama general sobre las mujeres chinas del siglo XX. En los inicios del nuevo milenio, el término *utopía* cobra nueva vigencia y permite articular esfuerzos en busca de una igualdad que aún está por verificarse.

MARTA TORRES FALCÓN
Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer
(PIEM)